

LXV.

Las compensaciones.

Ludovico era italiano, y supersticioso como todos ó casi todos los de su nacion. Heredero, sin saber por qué ni cómo, de la fortuna de un bandido, no pudo ménos de recojerse en sí mismo y dar gracias á Dios por la compensacion que le ofrecia al fin de tantos años de sufrimiento.

Tiene el destino cosas tan singulares y tan extrañas, que el hombre ménos dado á la supersticion y mas incrédulo, el que achaca al acaso cuanto en el mundo pasa, reflexiona en ciertos momentos y se ve obligado á creer que hay una ley universal que rige los destinos de los humanos y distribuye las penas y las recompensas á cada cual segun sus obras.

El pobre sacristan de la Misericordia era desde hacia algunos años una prueba evidente de esta verdad. Obligado á defender su vida contra los ataques de un furioso, habia hundiéndose en el pecho de Fernando de Gonzaga el propio puñal del español.

Fernando habia causado la desventura de una honrada familia, era un criminal castigado ya por su conciencia, y los remordimientos y el desvario que le atormentaban eran una prueba de que no habia escapado á la justicia de lo alto. ¿Por qué Ludovico se le habia puesto delante en sus momentos de delirio para darle el golpe de gracia? ¡Misterios incomprensibles del destino!

Obedeció ciegamente á una fuerza interior irresistible; con su presencia provocó la ira del furioso castellano, y se vió obligado á matar para evitar que le mataran.

Nadie, absolutamente nadie le habia visto; estaba seguro de escapar á la justicia humana que jamas podria imponerle una pena por el asesinato que habia cometido. Su naturaleza de hombre le hizo complacerse interiormente en aquella muerte. El pobre Fernando habia expiado dolorosamente sus faltas, pero con ellas habia arrebatado á Ludovico la más grata ilusion de su vida, y el sacristan de la Misericordia que amaba á Marietta con toda su alma, que habia llorado á la par de ella las hondas desventuras que le habia hecho sufrir su empedernido amante, que tenia siempre delante de los ojos la imagen de la única mujer á quien amó su corazon, lívida y con la rigidez de la muerte, chorreando agua sus negros y hermosos cabellos y envuelta como en un sudario en la red del pescador que sacó su cuerpo del Foglia, que oia á cada instante sus alaridos de loca, aquellos profundos gemidos que salian del corazon de la madre á quien arrebataban su hijo, no podia ménos de experimentar un placer salvaje y muy natural en el que á las pasiones del mundo está sujeto, al sentir en su frente el ardiente chorro de sangre que brotó de la herida de Fernando.

Desde aquel momento le marcó el dedo poderoso de Dios y no podia escapar á su justicia. Habia derramado la sangre

de su hermano, de un hermano criminal, infame, sin duda; pero ¿quién le habia dado derecho para ser su juez y su verdugo?

Llega á España animado de nobles y buenos sentimientos, está á punto de alcanzar el término de sus deseos y de lograr el objeto á que en lo de adelante ha consagrado su vida, y la denuncia del tío Antonio le conduce á la cárcel donde pasa años y años sin que brille su inocencia sino hasta el momento en que expiada suficientemente su falta, la reconoce y conviene en que lo que podria llamarse injusticia de los hombres no es mas que un instrumento de que el poder sobrenatural se sirve para castigarle.

La imaginacion meridional de Ludovico excitada muy vivamente por la supersticion peculiar á los de su pais, y mas aún á los de su estado, le habia hecho creer que la Santa Madonna le castigaba haciéndole víctima de un error por la muerte de Fernando. Se humilló ante el supuesto fallo de la reina de los ángeles y procuró en los años que pasó en la cárcel hacerse digno de que la bella señora le devolviera su favor.

Cada hombre tiene su modo especial de llamar al poder sobrehumano á que se siente sujeto: Dios, naturaleza, acaso, destino, segun la religion ó la filosofía de cada uno. Para Ludovico la personificacion de la divinidad estaba en la Santa Madonna; idolatría pura, pero una idolatría que tenia su razon de ser en el amor de lo bello; el encanto que producía en el corazón del italiano aquella mujer tan hermosa y tan pura representada por mano maestra en un lienzo y que el buen sacristan confundía en sus oraciones y en sus contemplaciones con la imájen de la mujer amada, impregnaba de fé, por decirlo así, su alma amante y religiosa.

Cuando vemos horribles pinturas, verdaderos mamarrachos que representan figuras vulgares y repugnantes algunas veces, vestidas de la manera mas espantosa, sin los atractivos

del arte, y en toda la plenitud de lo feo, ser objeto de la adoracion y de la supersticiosa credulidad de muchas gentes, no comprendemos cómo pueden inclinarse estas ante ídolos tan detestables; pero al ver en un cuadro acabado la imájen de una mujer bellísima, á la que ha dado el pincel todos los encantos, todas las gracias, toda la pureza, toda la divinidad de que aparece rodeada en la tierna y misteriosa leyenda de cristianismo, hallamos muy natural que se le tributen adoraciones é incienso.

Ludovico, que habia inclinado su cabeza ante la Santa Madonna cuando pensó le castigaba por su crimen ignorado de los hombres, elevó su corazón hácia ella dándole gracias por el tesoro que le enviaba. Sin medios de existencia habria tenido que buscar á Mario en reducido círculo; dueño de aquel tesoro creia poderle buscar por todo el mundo.

Pero ¿era realmente suyo aquel dinero? Se hallaba en un objeto que le pertenecía sin duda, pero tambien era seguro que ese objeto no se le habia vendido en la inteligencia de que contenía aquel tesoro, y por mas que creyese que la Virgen se le enviaba, como quiera que estaba en momentos en que no queria mancharse en lo mas mínimo para que no le retirara su gracia la Madonna, pensó averiguar la procedencia de aquel mueble y decidir despues si debía ó nó llamar suyo lo que contenía.

Guardó, en consecuencia, los sacos y los instrumentos en el ropero, cerró lo mejor que pudo la abertura del colchon, y sin pensar mas en que habia pertenecido á otro se echó sobre él y durmió con ese sueño agitado del que duerme cediendo á la fatiga del cuerpo, y cuya imaginacion exaltada por algun objeto importante trabaja sin descanso produciendo los mas extraños sueños.